



FRÉGOLI

HA sido la actualidad artística que más poderosamente ha llamado la atención durante el pasado mes de Junio.

Frégoli, á quien sus diferencias con la Empresa del Teatro Moderno hicieron maravillosamente *le reclame*, al pasar al Teatro de la Zarzuela se vió obligado á dar algunas representaciones más de las anunciadas, para complacer al público que, no obstante lo elevado de la temperatura, llenaba todas las roches las localidades del teatro, pagando á buen precio el papel acaparado por los revendedores.

Y en esta ocasión preciso es reconocer que estaba justificada la marcada predilección de nuestro público por el céebre transformista italiano. Frégoli había aumentado los atractivos del espectáculo que ofrecía y, con los alicientes que tenía, el programa de sus habilidades se bastaba y sobra para llenar el cartel de un teatro por toda una noche.

El éxito alcanzado por Frégoli durante su breve permanencia en la corte, ha sido grande y merecido. La enorme variedad de su repertorio le permite renovar constantemente el cartel, ofreciendo á diario nuevas transformaciones que mantienen siempre viva la curiosidad del público.

Frégoli cuenta en la actualidad treinta y cinco años. Su vocación artística se reveló de un modo decidido siendo apenas un niño, pues solo tenía doce años cuando organizó una función en su casa á la que invitó á todo el vecindario.

El éxito obtenido entonces por el infantil artista sirvió de estímulo para continuar cultivandolos aptitudes, pero obligado por su familia á aprender un oficio, Frégoli, obediente y sumiso, tuvo necesidad de hacerse relojero.

Entonces concibió una pasión decidida por los trabajos de prestidigitación, y los ratos de ocio que su aprendizaje de relojero le dejaba, dedicábalos á ensayar en hacer

escamoteos y preparar combinaciones de efecto. Mal aconsejado, sin duda, decidióse á dar una función pública de prestidigitación, pero con tan mala fortuna que los espectadores que la presenciaron llamáronse á engaño y no cesaron de silbar un solo instante.

En aquel fracaso hizo hincapié el padre de Frégoli para oponerse á que éste perseverase en sus intentos artísticos. No obstante, el jóven relojero, aunque abandonó para siempre la prestidigitación, dedicóse con nuevos bríos al teatro y compuso y ensayó una piececita que tituló *La campanilla de Donizetti* y de la cual dió una representación en su casa.

En la obra solo figuraban dos personajes, un hombre y una mujer. Frégoli ideó el medio de interpretar ambos caracteres, cambiando la voz de tal suerte que aquel pequeño éxito fué sin duda una revelación para el celebrado artista.

Con firme voluntad continuó ensayando y haciendo experimentos prácticos de transformismo y, por último, en cierta ocasión disfrazóse de mujer y llorando se presentó ante su padre dándole á entender, con sus lamentaciones, que era una jóven seducida por Frégoli. El padre de éste vió caer desmayada en sus brazos á aquella linda señorita, y dejándola en una butaca corrió en busca de un remedio cualquiera. Cuando volvió, en vez de la jóven encontró á Frégoli que le preguntaba:—Vamos, papá... ¿te parece que sirvo para cómico?

Razones de carácter íntimo, alguna decepción amorosa quizá, fueron causa de que Frégoli solicitara un puesto en las filas del ejército que operaba en Africa. Durante la campaña, Frégoli hizo las delicias de sus compañeros y jefes, representando farsas que él mismo componía y que le dieron gran notoriedad. Solicitado por todo el mundo, el soldado-artista logró triunfos enormes y al terminar la campaña regresaba á Italia con veinte mil liras, canti-

UNA ESCENA MUDA DE FRÉGOLI, HECHA EXPRESAMENTE PARA «EL TEATRO»

FOTOGRAFÍAS DE AMADOR





dad que le habían producido las numerosas representaciones que organizará.

Creyéndose un *nabab*, Frégoli vivió durante dos meses á lo gran señor, y transcurrido este tiempo vióse otra vez sin dinero y conminado por su padre para que de nuevo ingresara en el taller de relojería donde hizo su aprendizaje. Pero esta vez Frégoli decidió no volver á componer más relojes, y provisto de algunas pelucas y varios trajes, se presentó al director de la *troupe* que actuaba en un *café-concert* ofreciéndole sus servicios sin remuneración alguna, hasta ver el resultado de su *début*.

Este fué satisfactorio del todo, y Frégoli comenzó á ganar diez francos diarios. Trabajador y activo, fué poco á poco aumentando su repertorio y perfeccionando sus transformaciones. Cuando vino á España la vez primera, hace seis años, la Empresa del Teatro Apolo le pagaba



FRÉGOLI ENTRE BASTIDORES

quinientas pesetas por función. Marchó después á América contratado á razón de cuatro mil francos diarios, y á su regreso á Europa recorrió las principales capitales, conquistando aplausos y ganando sumas enormes.

Ultimamente ha estado seis meses en el Teatro Olimpia, de París, donde ha percibido por término medio de ocho á nueve mil francos por función.

* *

Durante la función nadie puede acercarse á los bastidores del teatro. Frégoli tiene todo perfectamente organizado y cambia de traje con rapidez asombrosa. Desde la puerta de salida hasta la que tiene indicada para volver



FRÉGOLI EN SU CUARTO

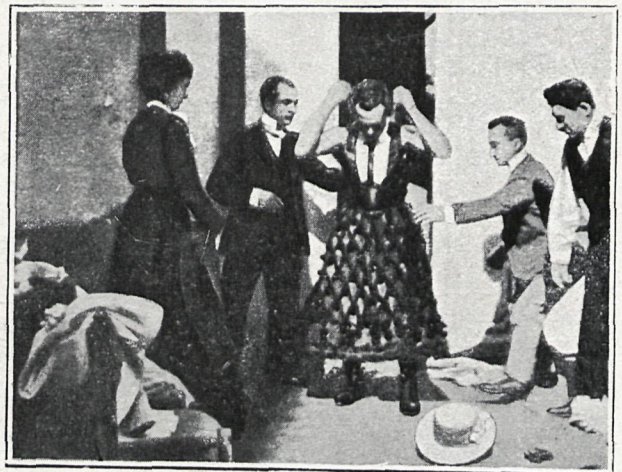


FRÉGOLI EN SU CUARTO

á hacer su entrada en escena, están convenientemente colocadas las personas que le ayudan á vestirse, y en tanto que una le despoja de la americana, otra le coloca la peluca, de suerte que Frégoli, sin detenerse un instante, hace su aparición en el escenario completamente transformado. Cuando las transformaciones han de ser rápidas, se apodera un verdadero vértigo de los ayudantes de Frégoli, y es un espectáculo curiosísimo ver al artista entrar y salir precipitadamente sembrando el suelo de ropas, sombreros, plumas, pelucas, barbas postizas, etc., etc.

Las fotografías que ofrecemos á nuestros lectores han sido hechas en el escenario del teatro, durante la función, y constituyen una nota curiosa.

Frégoli es en la actualidad poseedor de una fortuna de



FRÉGOLI ENTRE BASTIDORES

más de millón y medio de francos, adquirida en sus *tournees* por Europa y América.

Es Frégoli, indudablemente, de los artistas que la suerte acaricia con mayor persistencia.

No hace mucho tiempo, hallándose en Viena haciendo una breve temporada, jugó á la lotería, teniendo la fortuna de que en el sorteo fuera premiado su número, correspondiéndole nada menos que *quinientos mil florines*.

Y es que «cuando Dios dice agua vá, hasta el mismo sol gotea».

El invierno próximo, después de hacer una nueva visita á varias capitales españolas, embarcará en Santander con rumbo á Buenos Aires, donde quizá haga su última campaña artística.

C.



SRTA. AMPARO TABERNER, EN *El Barquillero*

FOTOGRAFIA DE CIFUENTES



SR. CALLEJA

SR. NAVARRO GONZALVO

SR. BARRERA

LOS MONIGOTES DEL CHICO

CARICATURA CÓMICO-LÍRICA, ORIGINAL DE DON EDUARDO NAVARRO GONZALVO,
MÚSICA DE LOS MAESTROS CALLEJA Y BARRERA

La compañía Prado-Chicote hizo una breve temporada de primavera en el Teatro Moderno, y para renovar el cartel y ofrecer algún aliciente al público, estreno dos ó tres obras que desde luego alcanzaron éxito lisonjero.

Sin embargo, de todas ellas la que más poderosamente contribuyó á que la temporada resultase productiva, fué la caricatura cómico-lírica que con el título de *Los monigotes del chico* estrenó el popular escritor Eduardo Navarro Gonzalvo.

Goza este autor de justa reputación y ha escrito numerosas comedias que figuraron largo tiempo en los carteles y muchas de las cuales han quedado de repertorio.

Sin embargo, el género en el que mayores triunfos ha conquistado el señor Navarro Gonzalvo, ha sido la sátira llevada al teatro. En esta clase de obras Navarro Gonzalvo no ha tenido nunca competidor serio. Su primera obra estrenada en los días del reinado de Don Amadeo de Saboya, cuando las pasiones políticas entre los opuestos bandos eran más vivas, titulábase *Macarronini I* y era una crítica sangrienta de los sucesos entonces de actualidad.

Aquel estreno fué causa de que surgieran varias colisiones en el teatro, donde una noche la célebre *partida de la porra* no dejó acabar la representación, poniendo en fuga precipitada á los espectadores que tranquilamente se regocijaban con los graciosos incidentes de que estaba llena la obra de Navarro Gonzalvo. Este sufrió persecuciones políticas y fué encerrado en la antigua cárcel del Saladero; pero aquel contratiempo no le quitó los ánimos, y continuó escribiendo obras para el teatro, unas literarias y otras políticas. *Los bandos de Villafrita*, *Tanhauser el estanquero*, *La Riojana* y cien obras más, dan prueba patente del ingenio del chispeante escritor que supo hacerse una vigorosa personalidad cultivando el género más difícil de nuestra literatura dramática.

A este género pertenece la caricatura titulada *Los monigotes del chico*, y aunque el patrón de esta clase de obras está ya anticuado y no entra en los gustos del público en la actualidad, hace falta que el autor esté verdaderamente afortunado para que el auditorio acoja con agrado una producción de esta naturaleza.

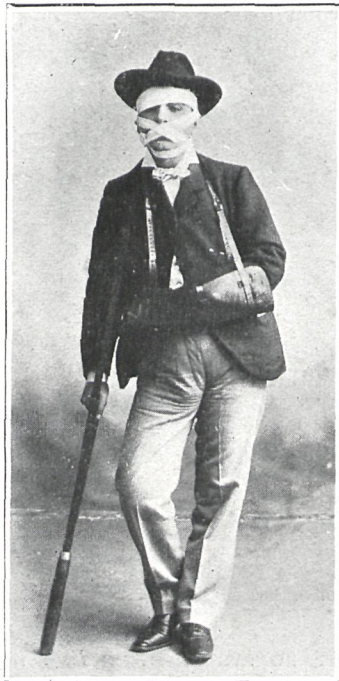
Los monigotes del chico es una obra escrita con arreglo á los moldes antiguos. El pretexto que sirve de fundamento á la exhibición de tipos que el autor presenta, es simplemente la lucha entre un matrimonio burgués respecto á la educación que han de dar á su hijo, pues mientras el padre se obstina en querer que el chico se coloque al frente de una tienda de ultramarinos porque en este país para medrar *es preciso vender algo*, la madre se opone terminantemente y opina que el chico debe recibir una educación esmerada á fin de hacer de él un artista completo puesto que revela condiciones y aptitudes poco comunes para la pintura, según lo demuestra una colección de dibujos que tiene hechos,

Estos dibujos son los que el padre califica despreciativamente de *monigotes*, y cuando el profesor de pintura llega á la casa para juzgar las obras del muchacho, comienza la exhibición de tipos y costumbres que figuran ser los diferentes trabajos hechos por el adolescente.

El procedimiento seguido por el señor Navarro Gonzalvo no es, por consiguiente, nada nuevo, y el *chico* y el *profesor* son las dos eternas figuras que estamos hartos de ver en todas las revistas que «en el teatro han sido» desde el estreno de *Los cuatro sacristanes*, de Ricardo de la Vega, hasta el de *Correo interior*, que es el ultimamente *perpetrado*.

Lo que sí hay que reconocer es que el señor Navarro Gonzalvo ha acertado en la elección de los asuntos de actualidad palpitante que en su obra trata, y que ésta, escrita en fáciles y correctos versos, obtuvo gran éxito la noche del estreno.

Buena prueba de ello es el monólogo que á continuación reproducimos y que



Inválido, SR. CHICOTE



SRTA LOÑO, EN LA ZARZUELA «LA MAJA»
FOTOGRAFÍA DE CALVET HERMANOS



El clown Batalla, Sr. CHICOTE

FOT. DE AMADOR

el autor pone en labios de un pobre señor inválido que sale á escena hecho un *Ecce homo*, lleno de vendas y aparatos como el maniquí de un ortopédico. Dice así:

«Al verme dirá la gente:
—¡Paso! Ahí viene un veterano
que no tiene hueso sano.
¡Saludemos á un valiente!
Tal la patria le ha dejado
que todo es poco en su honor. —
—¡Ay! No es eso... No, señor...
Yo nunca he sido soldado.
—La facha entonces no engaña.
Es uno de esos maletas
que van dando vclteretas
por *to is* las plazas de España.
—Pues nunca he sido torero.
—Seré usted un bravo que, al cabo,
tropezó con otro bravo...
—Nunca he sido pendenciero.
—Entonces... ¡voto á cien mil!
¿Quién es usted, desdichado?
¿Un obrero estropeado?
¿Un minero? ¿Un albañil?
¿O acaso le han dado un tute
para que se rasque un rato
al pasar por un fielato
con género de matute?
—¡No señor! ¡Ni fui torero,
ni minero, ni alguacil,
ni soldado, ni albañil.
ni bravo, ni maturo...
¿Pero al mirar cómo estoy
con el cuerpo hecho pedazos
y rotas piernas y brazos,
ya se adivina quién soy.
¿Aún no dieron en el quid?
¡Pues si hay uno cada día!
¡Un víctima del tranvía
eléctrico de Madrid!»

* * *

El río *Manzanares*, caracterizado por un chulo madrileño, tiene también una preciosa escena de la que el actor Manuel Rodríguez supo sacar mucho partido.

Así habla el *Manzanares*:

«Soy un chulo madrileño
de casta... ¡porque se puede!
Soy el río *Manzanares*
contra el que todos se atreven.
Me toman en broma y dicen
que á mí me sobran los puentes,
que en mis aguas no se crían
ni renacuajos, ni peces,
y que los que toman baños
en mis ondas transparentes
toman solo pediluvios
mojándose los juanetes.
Que soy aprendiz de río,
que soy arroyo insolvente,
que á mí se me pone turbio
y más blanco que la leche,
con dos libras de jabón
ú dos copas de aguardiente...
¡Mentira! Que soy un río
con todos sus menesteres,
y á mí un día se me hinchan
las narices, mayormente,
¡claro! y me salgo de madre
y de todos mis parientes,
y me llevo por delante,
sin que la gente se entere,
calcetines, y camisas,
y faldas y otros enseres;

y le doy un susto de órdago
al alcalde-presidente,
y lloran las lavanderas,
y me llaman los papeles
el señor de Manzanares,
sin álias, que es lo decente,
y celebran mi crecida
con arcos y gallardetes
tocando el himno argentino,
que, para que *ustés* se enteren,
es hoy la última palabra
de la música solemne.»

* * *

No podía faltar en la obra de Navarro Gonzalvo lo que ya hemos convenido en llamar la *nota sentida*, y que, hoy por hoy, priva que es un gusto en las obras del género chico. Claro que la *nota sentida*, por lo general, suele ser un brochazo cursi é insoportable que, sin embargo, es muy del agrado de la galería.

En *Los moniotes del chico* esta *nota* corría á cargo de Loreto Prado que con su talento excepcional y sus dotes de actriz por todos reconocidas, huyó de que el tipo resultara recargado y consiguió una entusiasta ovación.

Trátase de una infeliz mujer, loca á consecuencia de una huelga sangrienta y



El Manzanares, SR. RODRIGUEZ

FOT. DE AMADOR



Las Beatas, SRAS. GUERRA Y CORONADO

FOT. DE AMADOR

que aparece en escena en la forma que la representa nuestro grabado de la página 15.

Loreto Prado dijo los siguientes versos de un modo prodigioso:

«¡Cobarde! ¡Te descalabro
si me tiras! ¿Quieres verlo?
Me siguen... ¿Por qué me siguen?
¡Si es que juegan!... ¡Son muñecos!
Yo ya no juego... Soy grande...
grande... ¡pero tengo miedo!
Esos chicos me tiraban
muchas piedras... ¿Por qué eso?
Y gritaban:—«¡A esa loca!»—
¡Loca!... ¡Yo loca!... ¡No es cierto!
Aquí una sombra obscurece
mi rebelde pensamiento,
y sueño cosas tan raras...
¡Sueños, nada m' s que sueños!...
Yo era dichosa... ¡Dichosa!
¿Cuándo? ¿Dónde? Allá... muy lejos...
Una casita muy limpia,
muy blanca... flores y tiestos...
y ahora nada... nada... nada...
todo oscuro... todo negro...
A mi lado un hombre... Aquel...
Alto... buen mozo... moreno...
los dos juntos, juntos siempre,
enamorado... contentos...»

¡Qué a'egre vida pasamos
entre caricias y besos,
y qué envidia me tenían
todas las chicas del pueblo!
Del pueblo... del pueblo... ¿Cuál?
Una senda estrecha... el cerro...
Y ahora estoy sola... muy sola...
Una tarde... ¿qué fué aquello?
¡Ah! Sí... ¡La huelga! ¡La huelga!
Se juntaron los mineros;
daban voces... ¿qué pedían?
Allí iba el mio, el moreno...
¡Aquél que tanto me amaba!...
¿Qué pedían?... ¡Ya me acuerdo!
Más jornal y menos horas
de estar en aquel infierno,
el infierno, sí... la mina...
trabajando como negros...
¿Cómo decían? Burgueses!
los amos... los del dinero,
no querían, no querían
transigir... ¿Qué pasó luego?
Sí; muchos días sin pan,
noches muy tristes, sin sueño...